

CAPITULO II.

Historia del imperio de Occidente desde el principio de las grandes invasiones hasta su caída (1).

(395-476.)

El fin providencial de estas grandes invasiones de bárbaros que devastan e Occidente, es la ruina del paganismo. El cristianismo había encontrado en el imperio romano, ardientes discípulos; pero no había podido cambiar su estado social penetrando en sus instituciones, é imprimiéndole su carácter. El poder había perseguido la nueva doctrina hasta Constantino, y mucho tiempo después de Teodosio continuaban las masas profundamente apegadas á las supersticiones de la idolatría. Para hacer desaparecer completamente el paganismo, era preciso destruir el envejecido imperio romano para sustituirlo con pueblos nuevos que iban á ser animados por el soplo de vida de la Iglesia. Los bárbaros pues recibieron la misión de echar por tierra á la antigua Roma; pero esta empresa no se levó á cabo fácilmente. En esta historia de la destrucción del imperio de Occidente se pueden distinguir tres periodos, como tres fases diferentes. En la primera, Roma pelea contra los Visigodos, que le arrebatán parte de su riqueza y su poder; en la segunda resiste á los Hunos, y alcanza sobre ellos su última victoria; en la tercera y última, solo ofrece el espectáculo de un frío cadáver que despojan los Vándalos, y cuyos fragmentos divide Odoacro entre sus Herules.

§ I. Invasión de los Visigodos, Alanos, Suevos, Vándalos y Burgundios.

Los Visigodos y Alarico. Tiempo había que los Godos inquietaban á Roma con sus excursiones, cuando fueron compellidos por los Hunos á desalojar las orillas del Danubio y el litoral del Mar Negro, en donde se hallaban establecidos.

(1) AUTORES QUE SE PUEDEN CONSULTAR: Faurl, *Histoire de la Gaule méridionale*, t. I, chap. 1 et suiv.; Frantín, *Annales du moyen âge*, t. II; Moeller, *Manuel d'histoire du moyen âge*, ch. II; Crevier, *Histoire des empereurs*; Chateaubriand, *Etudes historiques*; Bossuet, *Apocalypse*, chap. III et passim; Rohrbacher, *Histoire universelle de l'Eglise catholique*, t. IV et suiv.

Estos bárbaros formaban dos cuerpos: los Visigodos acampados al oeste del río Dniester, y los Ostrogodos al este. Estos aceptaron el yugo que les impusieron los Hunos, y se declararon tributarios suyos; pero los otros prefirieron el emigrar á doblar el cuello á la esclavitud. Fuéronse pues hácia el Oriente, y pidieron tierras á Valens que reinaba entonces en Constantinopla (376). Este emperador, ardiente sectario del arrianismo, recibió con gusto en sus Estados á un pueblo que, á la voz del obispo Ulfilas, acababa de abrazar sus mismos errores. Ciertamente que era una falta grave la de abrir el seno del imperio en decadencia á tantos bárbaros, pero mayor todavía fue la de vejarlos ó irritarlos, rehusándoles hasta el sustento, ó haciéndoselo pagar á exorbitante precio. Subleváronse, y Valens, que salió á batirlos, perdió en Andrinópolis la batalla y la vida (378). Teodosio, asociado por Graciano al imperio, tuvo que recurrir á toda su habilidad para someter á los bárbaros. Después de haberlos vencido se dedicó á civilizarlos y disciplinarlos, para sofocar la inclinación irresistible que sentían á la insubordinación y la rebeldía. Desde entonces se dividieron en dos partidos: los unos se esforzaron por imitar los usos y hábitos romanos; los otros se adhirieron con mas tenacidad, si cabe, á las costumbres de sus mayores, llamando mollicie y afeminación todo cuanto no era grosero y bárbaro. Alarico, que vino á ser su gefe, había sido educado en la corte de Teodosio. Pero á pesar de que adquirió las maneras cortesanas, no por eso perdió el vigor de sus antepasados. La fuerza se unió en él con la inteligencia, y conquistando con estas dotes el corazón de su pueblo, pudo soñar en crearse un reino. Ya poseía el título de gobernador de la Iliria, pero su ambición no estaba satisfecha. Púsose pues á la cabeza de sus Visigodos, atraviesa triunfante toda la Grecia, penetra en Italia, y amenaza á Roma. Estilicón, general de Honorio, acude presuroso desde lo interior de la Retia, y presenta al bárbaro dos grandes batallas, la una cerca del Tanaro, y la otra junto al Adigio. Alarico fue vencido, pero no obstante, obtuvo la paz con condiciones ventajosas (406).

Invasión de Radagüeso (406). Apenas se vió Roma libre de este peligro, cuando una nueva nube de bárbaros de diversas familias cayó sobre ella de improviso á las órdenes de Radagüeso. Estos entraron en Italia por los Alpes nórdicos, atravesaron todo el Norte, dirigiéndose á marchas forzadas hácia el Apenino, y llevando todo á sangre y fuego. Felizmente, deteniéndose ante Florencia para sitiaria, dieron á Estilicon tiempo para organizar un ejército. El hábil general los obligó á levantar el sitio, y por medio de bien combinadas maniobras los encerró en las alturas de Fiesolo, donde el hambre al parecer, los destruyó mas que el hierro enemigo.

Invasión de los Alanos, de los Vándalos, de los Suevos y de los Burgundios (406-407). En el mismo tiempo abandonaron los Alanos y los Vándalos las orillas del Danubio, en donde habitaban, y atravesando la Germania se llevaron consigo á los Suevos. Su objeto era establecerse á viva fuerza en una de las provincias meridionales del imperio. Dirigiéronse hácia las Gálias, é intentaron juntos atravesar el Rhin. Los Francos ripuarios, que eran á la sazón aliados de los Romanos, les opusieron una viva resistencia. Los Vándalos, sobre todo, sufrieron pérdidas considerables, su gefe fue muerto; pero los Alanos, que acudieron á su socorro, derrotaron á los Francos, y sus hordas pasaron el Rhin por cerca de Maguncia. Desde el norte al mediodía devastaron toda la Gália, perdonando únicamente á Tolosa, que debió su salvación á las súplicas de san Exúpero. Cuando llegaron al pié de los Pirineos, los montañeses les cerraron la entrada de España. Entonces se replegaron á las provincias que habian ya saqueado, y la Gália tuvo que sufrir nuevas vejaciones.

Rebelión de la Gália (407). Los Galos, que habian enviado sus legiones á Honorio para defender á la Italia amenazada, se indignaban viéndose así abandonados por los Romanos á la merced de los bárbaros. Los soldados que se hallaban en la Gran Bretaña, se aprovecharon del descontento universal para hacer emperador á uno de sus gefes, á Constantino. Inmediatamente despues de su elección, este usurpador pasó á la Gália, levantó tropas, se atrajo muchas de las bandas de

bárbaros que devastaban el país, y restableció en muchas partes el orden y la seguridad. Estilicon envió al punto á Soro, general visigodo, intrépido y experimentado, para que atacara al rebelde Constantino. Soro alcanzó sobre él la primera victoria, y aun logró encerrarlo en Valence; pero forzado á levantar el sitio, repasó con dificultad los Alpes, y todas las Gálias proclamaron al usurpador. Y justamente en estas difíciles circunstancias, cuando el poder se escapaba de sus manos, el débil Honorio cometió la doble falta de decretar la muerte de Estilicon, del único hombre que podia defender el imperio, y el exterminio de los Godos auxiliares que se hallaban mezclados con sus tropas (408).

Toma de Roma por Alarico (410). Los bárbaros enfurecidos huyen en busca de Alarico y lo conjuran á que venga tan atroz atentado. Este atrevido general, que no deseaba nada tanto como combatir, se dirige en seguida contra Roma. En un momento se halla á sus puertas y le pone sitio. Los Romanos le envian una diputacion para tratar con él. Como le manifestaran los diputados, para ablandarlo, que toda la población de Roma estaba armada y dispuesta á combatir: *Tanto mejor, responde el conquistador, cuanto mas espesa está la yerba, mas fácilmente se siega.* Cuando le preguntan qué es lo que pide para retirarse, contesta: *Todo el oro, la plata y las riquezas portátiles que posee Roma.* « Pero que les dejas en tal caso á los Romanos? » exclama un diputado. *La vida,* replicó el bárbaro. Fue menester darle 5,000 libras de oro, 30,000 libras de plata, 4,000 túnicas de seda, y 3,000 pieles teñidas de púrpura. Aquello era muy propio para estimular la codicia de tales hombres; así, poco tardó Roma en volverlos á ver bajo sus muros. Esta vez Alarico se burla de los Romanos, y se entretiene en nombrar un emperador de Occidente. Inviste con esta dignidad imaginaria á Atalo, que habia sido prefecto de Roma, y hace que lo reconozcan todas las ciudades de Italia. En seguida parte para Ravena con el designio de despojar á Honorio de su diadema. El tímido emperador se aprestaba á partir para Constantinopla, cuando un auxilio inesperado le restituyó el valor perdido. Habiendo

sufrido Alarico un ligero revés, le echó la culpa á Atalo, lo degradó, y despues de perdonar á Honorio, descargó sobre Roma el peso de su furor y su despecho. Entonces fue cuando la entregó al pillaje y la devastacion de todos sus soldados.

Muerte de Alarico. Establecimiento de los Alanos, de los Suevos y de los Vándalos en España. Al salir de Roma, Alarico se habia propuesto dirigirse al Africa. La muerte lo sorprendió en Consentia, y sus soldados abrieron su sepulcro en el fondo del rio de Busentino. Ataulfo, su cuñado, le sucedió. Este celebró con Honorio una tregua de dos años, de la que se aprovechó el último para derribar al usurpador Constantino, que continuaba reinando en las Gálias. Este pais habia cambiado completamente de aspecto, mientras que Alarico desolaba la Italia. Los Alanos, los Suevos y los Vándalos la habian abandonado para entrar en España, en donde se habian establecido (409). Los Suevos ocupaban la Galicia, los Vándalos la Bética, á la que dieron el nombre de Vandalia ó Vandalusia, y los Alanos la provincia llamada Cartaginense, del nombre de la Nueva Cartago, su capital. El resto del pais obedecia á Gerontius, general de Constantino, que se habia declarado independiente, y que combatia entonces contra su primer señor. Las tropas de Honorio domaron por de pronto aquellos dos usurpadores.

Establecimiento de los Visigodos en la Galia y en la España (412-419). Pero cuando estos dos enemigos fueron vencidos, otros mas poderosos se levantaron, los Burgundios no habian ido á España con los Alanos. Los Suevos y los Vándalos, sus compañeros de armas; ellos se habian quedado en la Gália entre el Jura y el Saona. Su gefe Jovinus levantó el estandarte de la rebelion, y aumentó el terror que inspiraba, ligando sus intereses con los de los Visigodos. A instancias suyas abandonaron estos con Ataulfo la Italia con el objeto de fijarse definitivamente en las Gálias. Apenas pasaron los Alpes, manifestaron á los Burgundios que no venian tanto por socorrerlos, como por fundar un reino independiente. Ataulfo hizo perecer á Jovinus, y ocupó con sus tropas las deliciosas campiñas de la Gália meridional. Durante algun

tiempo entretuvo á Honorio fingiéndose defensor de los derechos de Roma; pero luego rompió bruscamente con él, y ocupó por si y ante sí la Narbonesa primera, la Novempopulania y las Aquitanias. Restableció el fantasma de emperador de Alarico, cubriendo otra vez los hombros de Atalo con la púrpura imperial, y despues se casó con Placidia, la hermana de Honorio, que llevaba mucho tiempo hacia consigo, prodigándola siempre los honores debidos á su rango. Entre tanto las costumbres romanas debilitaron su valor, y Honorio supo aprovecharse de esta circunstancia para recobrar un poco de sus pérdidas. Con el fin de no tener tantos enemigos que combatir, reconoció á los Borgoñeses y les cedió el pais que ocupaban. Hecho esto, mandó á Constancio, gefe de las milicias, que estrechara eficazmente á los Visigodos. Ataulfo fue rechazado en todas partes, y se vió obligado á retirarse á España (415).

Estos reveses le hicieron perder el ascendiente que tenia sobre sus soldados, y ellos lo asesinaron. Pero aborreciendo la civilizacion romana, eligieron á Sigerico, verdadero bárbaro que no se distinguió mas que por sus crueldades, y á quien ellos mismos exterminaron despues de un reinado de siete dias, porque se atrevió á hablarles de celebrar la paz con los Romanos. Walia, que se sentó en seguida sobre el trono ensangrentado, fue mas diestro que su antecesor. En primer lugar halagó la codicia de los bárbaros, ensayando con ellos una expedicion contra el Africa. El ascendiente que le dió sobre ellos su valor le permitió poco despues el poder tratar con Roma. Una de las condiciones de la paz era que se habian de coaligar para destruir á los bárbaros que habian entrado antes que los Visigodos en España. Los Alanos fueron exterminados enteramente; los Vándalos sufrieron mucho, pero los Suevos se sostuvieron en Galicia (418). En pago de sus servicios, los Visigodos recibieron de Honorio la parte de la Galia meridional comprendida entre el Garona, el Océano y los Pirineos (419).

Establecimiento de los Vándalos en Africa (419). Muerto Honorio algunos años despues (424), las invasiones fueron inspirando

cada día mayores alarmas. Sin embargo, el imperio poseía aun dos hombres capaces de defenderlo, Aecio y el conde Bonifacio. La gloria del primero no era tan pura como la del segundo. Después de la muerte de Honorio, defendía el partido del usurpador Juan contra el heredero legítimo de la corona, Valentiniano III. Su talento y su influjo con los bárbaros contribuyeron mucho á que perdonara sus faltas la emperatriz Placidia que reinaba en nombre de su hijo; pero él no se valió del ascendiente que tenía sobre ella mas que para perder á su rival Bonifacio, que gobernaba entonces el Africa. Engañando á la una y al otro, sembró con habilidad la discordia entre ambos. Bonifacio, que llegó á temer por sus días, llamó á su socorro á los Vándalos de España, que se dieron por contentos de pasar al estrecho para buscar en otra parte un reino mas tranquilo (429). Apenas hubieron ofrecido al conde sus servicios, Placidia, mejor informada, le acordó de nuevo su favor. Entonces procuró él deshacerse de sus peligrosos aliados, pero en vano; él mismo se vió muy pronto obligado á salir del Africa y á llevar á Italia sus inútiles remordimientos.

Placidia, para indemnizar á Bonifacio de sus reveses, le concedió el título de general de todas las tropas del imperio. Llegando esto á noticia de Aecio, que reprimía á la sazón á los Visigodos y los demas bárbaros que infestaban las Gálias, acudió con una banda de Hunos á echar por tierra á su rival. El fue derrotado (432); pero su derrota le valió una victoria, porque Bonifacio pereció en medio de su triunfo. Desde aquel tiempo hasta la llegada de los Hunos, Aecio logró que le perdonaran todas sus faltas apaciguando las sediciones, reprimiendo sin cesar á los bárbaros, y conteniendo sobre todo á Teodorico y sus Visigodos.

§ II. Invasión de los Hunos (451-452.)

Atila invade la Gália (451). Mientras hacia brillar Aecio su valor ya contra los Godos, ya contra los Burgundios y los

Francos, una terrible tempestad amenazó al Occidente. Los Hunos, que habian vencido anteriormente á los Visigodos, y arrojado sus hordas fugitivas y desesperadas al Oriente, se volvieron á poner en movimiento. Atila, su gefe, habia sometido ya todo el Norte de Europa, é impuesto su yugo á toda la Escitia y toda la Germania. Señor del mundo bárbaro, se habia vuelto hácia el mundo civilizado, y tres batallas consecutivas lo habian llevado hasta las puertas de Constantinopla. Orgullosa con sus triunfos, se precipitaba sobre el Occidente, arrastrando consigo una multitud de reyes con setecientos mil guerreros, é intitulándose señor del mundo y azote de Dios. Los bosques se despoblaban á su paso, los rios se cubrian con las barcas de sus soldados, y toda la tierra que pisaba se convertía en un vasto desierto. En ninguna parte hallaba resistencia. Desde los pantanos de la Panonia hasta las Gálias, solo san Agnan, obispo de Orleans, san Loup, obispo de Troyes, santa Genoveva, pastora de Nanterre, pudieron apaciguar su furor. La grandeza del peligro reunió los bárbaros á los Romanos, y en las llanuras de Chalons, donde se avistaron, pareció el mundo entero armado bajo las dos opuestas enseñas. Con Aecio estaban los Visigodos, los Armoricanos, los Galos, los Sajones, los Borgoñeses, los Sármatas, los Alanos, los Alemanes, los Ripuarios y los Francos de Mero-veo; Atila tenia otros Francos y otros Borgoñeses, los Rugios, los Herules, los Turingios y los Ostrogodos. La batalla fue terrible: la sangre que corria convirtió un riachuelo en torrente, y el número de los muertos se elevó segun los unos á ciento setenta mil, y segun los otros á trescientos mil. Aecio dejó á los Hunos retirarse tranquilamente por no dar á los Visigodos demasiada fuerza. Esta fue la última victoria alcanzada por los Romanos.

Atila invade la Italia (452). El feroz Huno pasa el invierno recuperando sus fuerzas, y al año siguiente se pone en marcha contra Roma. Entra en Italia por la Panonia, y los Alpes julianos, destruye á Aquilea, Concordia y Padua. En aquellas circunstancias se retiraron todos los habitantes del Veneto á la isla de Rialto y á las demas islas vecinas, donde echaron

los humildes cimientos de la brillante Venecia. Pavia y Milan fueron tambien reducidas á un monton de ruinas. Valentiniano III, lleno de terror, queria huir. Su desesperacion le sugirió la idea de enviar á Atila una embajada que llevaba á su cabeza á san Leon. La virtud, la elocuencia y la gravedad del pontífice conmovieron de tal suerte al bárbaro, que renunció á todos sus siniestros proyectos. Retiróse á Panonia, donde murió, apagándose con él su imperio.

§ III. Ataque de los Vándalos y de los Herules.

Toma de Roma por los Vándalos (455). Hasta entonces, si bien Roma habia tenido que luchar con enemigos temibles, tambien en cambio habia encontrado siempre muy buenos defensores. Contra Alarico pudo enviar á Estilicon, y despues de este pudo poner á la cabeza de sus tropas á Bonifacio y Accio. Valentiniano III, seducido por las calumnias que inventaron los enemigos de este último, decretó su muerte, pereciendo con él el último soldado romano. Desde entonces ya no se ven en Occidente hombres capaces de sostener la fortuna del imperio. El desgraciado Valentiniano es asesinado por el senador Máximo, cuya esposa ha deshonrado. Su cobarde asesino lo reemplaza, se une con Eudoxia, su viuda, le revela su crimen despues, y esta indignada, llama los Vándalos á Roma para vengar su honor. Estos bárbaros, á quienes hemos dejado en Africa, no ambicionaban mas que guerras y aventuras. Todos los años, Genserico, su gefe, iba á las costas de Sicilia á saquear sus pueblos y cargarse de botin: esto era lo que él llamaba su cosecha. Recibió pues con satisfaccion la embajada de Eudoxia, y se apresuró á marchar contra Roma. El pueblo se sublevó con la noticia de la venida de los bárbaros, y Máximo pereció en la calle bajo una lluvia de piedras. San Leon salió otra vez al encuentro de Genserico, suplicándole que perdonara á lo menos la vida á sus ovejas. Esto fue todo lo que logró. El Vándalo se contentó con el saqueo; pero este duró catorce dias, llevándose todo

lo que los Visigodos habian dejado en la desgraciada ciudad.

Caida del imperio de Occidente (455-476). Despues que los Vándalos se retiraron, Roma no tuvo valor para elegir un gefe, y recibió todos los que le impusieron los bárbaros. En primer lugar, el rey de los Godos, Teodorico, nombró emperador á Avito, que habia sido general de las milicias en la Gália. Este extranjero desagradó á los Romanos, y el Suevo Ricimiro lo depuso (456). Eligió en su lugar á Majorio, que tenia mas capacidad y energia. Durante los cinco años que ocupó el trono, trató de dar vigor á las antiguas leyes romanas, hizo reglamentos para disminuir las contribuciones, y devolvió la libertad á los decuriones. Un revés que sufrió peleando contra Genserico le acarreó su desgracia (461). Ricimiro, llamado de nuevo á nombrar su sucesor, dispuso de la púrpura en favor de hombres ineptos para disfrutar del poder con mas seguridad. De ese modo, bajo Severo, Antemio y Olibrio, reinó por espacio de once años, defendiéndose lo mejor que podía contra los bárbaros. Una cruel enfermedad lo privó de la vida, y Olibrio lo siguió al sepulcro seis meses despues (472). El emperador de Oriente dió á Roma por soberano á Julio Nepote, que no hizo nada notable en los tres años de su reinado mas que la cesión del Auvergnat á los Visigodos. Habiendo sabido que Orestes, gefe de las legiones de Italia, habia aceptado para su hijo Rómulo Augustulo la corona imperial, huyó atemorizado á Dalmacia (475). No gozó el nuevo emperador por mucho tiempo del trono. Los bárbaros que lo exaltaron, pidieron á Orestes la tercera parte de las tierras. Orestes se negó, y lo asediaron en Pavia, dirigidos por su gefe Odoacro. Orestes murió allí, su hijo Augustulo fue destronado, y Odoacro aclamado rey de Italia. Así acabó el imperio de Occidente (476) (1).

(1) ÚLTIMOS EMPERADORES DE OCCIDENTE: Honorio (395-421), Valentiniano III (421-455), Máximo (455), Avito (455-457), Majorio (457-461), Severo (461-465), Antemio (467-472), Olibrio (472), Glicerio (473-474), Julio Nepote (474-475), Rómulo Augustulo, último emperador (475-476).

*Roma tubo 7 Reyes 483 parjas de consules
63 Emperadores tubo 507 años de imperio
duró de esta que se cabó 1229 años*

§ IV. Estado del Occidente á la caída del imperio.

Italia. Todo este país obedecía á los Herules. Odoacro lo administraba según las leyes romanas, conformándose absolutamente con las instituciones de los vencidos.

Galias. En las Galias había cinco naciones: los *Visigodos*, que se habían apoderado del territorio comprendido entre el Ródano, el Loira, el Océano y los Pirineos; los *Surgundios ó Borgoneses* que se había extendido por el mediodía, y que poseían entonces las tierras situadas entre el Ródano, los Alpes, el Jura y los Vosgos; los *Francos*, todavía paganos, estaban establecidos en la Bélgica y las orillas del Rin, estos eran los *Ripuarios* y los otros los *Sálicos*; los *Kimris ó Bretones*, que habían salido de la Bretaña expulsados por los Sajones, vivían independientes en la Armórica; por fin los *Romanos* reinaban aun en el centro, es decir, en las provincias comprendidas entre el Sena, el Oise y el Loira.

España. La España pertenecía enteramente á los Visigodos, excepto la Galicia, que ocupaban todavía los Suevos. Teodorico II, que arrebató á los Romanos la mitad de la Galia, tuvo por sucesor á Eurico; este los despojó de la Tarraconense, que poseían aun en España (475).

Africa. Los Vándalos reinaban desde el Atlántico hasta la Cirenaica, Cartago era su capital. La Sicilia, la Cerdeña, la Córcega y las islas Baleares reconocían su soberanía y su flota infestaba todo el litoral del Mediterráneo.

Gran Bretaña. Desde Honorio, los Romanos habían sido expulsados de este país. Los Bretones recobraron su independencia, y ocuparon todo el Mediodía. En el Norte, en Escocia, se hallaban establecidos los Pictos y los Escoceses. Los Escoceses atacaron á los Bretones. Estos llamaron en su socorro á los Sajones contra sus enemigos, y les dieron tierras en recompensa de sus servicios. Los Sajones se hicieron después independientes, y fundaron el reino de Kent, bajo el mando de Hengist, su gefe. Este es el principio de la heptarquía que veremos desarrollarse mas adelante.

Germania. De esta manera se pueden clasificar los cambios que tuvieron lugar en la Germania con motivo de las invasiones. En vez de extenderse hasta el Vístula, la familia germánica se encierra ahora entre el Elba y las montañas de la Bohemia. La familia eslava se acerca al Occidente, y ocupa, entre el Elba y el Vístula, las tierras aban-

donadas por los Germanos. La ruina del imperio de Atila ha cambiado completamente el mediodía de este país. Los *Herules* se han establecido al este del Danubio, los *Gepides* ocupan la antigua Dacia, y los *Ostro-godos* se han fijado en Panonia con el consentimiento del emperador Marciano. Pero el norte de la Germania ha permanecido inmovil. Allí se ven todavía los *Frisonos*, los *Sajones*, los *Inglésos*, los *Jutos* y los *Turingios*.